

Por Rafael Marquina.
Inf, feb 22/948/

Con gratitud, que no hallamos palabras con que expresar; en obediencia a deseos que nos honran y manifestados por numerosos lectores, algunos de Santa Clara, nos decidimos a acceder a su petición, publicando en esta página de hoy un fragmento más de la biografía de Marta Abreu, que tenemos inédita, aunque premiada en un Concurso Nacional en el que alcanzó el segundo premio, habiendo correspondido el primero a la escrita por el Dr. Pánfilo Camacho. Hemos escogido para esta última página que dedicamos a la incomparable patricia, una parte del capítulo titulado "Patria, patrimonio y patriotismo". Reiteramos nuestro agradecimiento a todos los que se han interesado por esta publicación y creemos que a los demás ha de parecerles justificada tratándose de enaltecer la memoria y la lección magnífica de una gran mujer cubana.

LEJOS DE CUBA

Filántropa y altruista, Marta lo era, ante todo, por patriota. Desde aquel momento en que el grito de Baire inició la que había de ser guerra de la independencia, la caridad generosa, el sentido humanitario de la bondad de Marta desviaron su rumbo aparente, por exigencias de la realidad, pero siguieron la ruta que desde su niñez habían recorrido.

Don Luis Estévez y Romero, cubano ilustre que tiene en la historia su lugar propio y destacado, esposo de Marta, se había ya distinguido notablemente, no sólo por la brillantez de sus dotes intelectuales, sino también en la pura nobleza de sus sentimientos cubanos. Por todo ello, fué, pues, sospecho a las autoridades españolas. Pero ocurrieron además por aquellos días circunstancias hoy refulgentes en el halo de su significación y que precipitaron los acontecimientos que habían de influir poderosamente en la vida de aquel ejemplar matrimonio cubano.

Por aquellos días, en efecto, la ciudad de Santa Clara, rebotando de júbilo ferviente el corazón agradecido, tributaba grandes homenajes públicos y solemnes a la gran benefactora. Santa Clara y ella comulgaban una vez más en la misma nobleza y se compenetraban en un mutuo amor, que es una de las glorias de Cuba. Sesiones oficiales, populares regocijos. Y

un claro gozo de clara villa en claridad de almas reglejado. Quisieron las autoridades ver en aquel júbilo de la ciudad abrazada a su madrina, un pretexto con qué celebrar el suceso de Baire. Y pusieron a Don Luis, intelectual, historiador, polemista, torvo ceño y enemigo recstro. Cauteloso él y consciente de los peligros en que caían los cuantiosos bienes de fortuna de su esposa, determinó discretamente un viaje que les pusiese, alejándoles, más cerca de la patria.

Fué providencial para Cuba —y de resultados que hoy conmueven el corazón de la Historia— la prudentísima medida aconsejada por el amor y el talento de Don Luis Estévez. Trasladado el matrimonio a París, desde París ganó Marta la guerra de Cuba. Salvado el patrimonio, la patria y el patriotismo se salvaron también. Nunca será bastante bien alabada la sabia y discreta determinación de quien, por suma y acopio de muchos parecidos méritos, fué el primer vicepresidente de la República cubana. Y digamos ya, aunque sea en rapidez tangencial, que don Luis Estévez y Romero fué siempre, al lado de Marta e identificado con ella, tan gran patriota como ella. "La pluma vigorosa y el preclaro talento de Don Luis Estévez contribuyeron a la Revolución como pocos", escribió Garófalo Mesa. Y aunque medianamente escrito, está muy bien escrito.

MARTA Y DON TOMAS

El primer gran acierto de su patriotismo en dinámica de guerra fué, sin duda, la "resurrección de Agramonte". Marta Abreu para su correspondencia con Don Tomás Estrada Palma, entonces Delegado en Nueva York, escogió el pseudónimo de "Ignacio Agramonte". Aflora en la elección, en el nombre glorioso y terso, el alma de la electora. Valor y fe. Y en la evocación del paladín, la obligación de una deuda viva; Cuba de pie ante sí misma. Una guerra en marcha y una necesidad de victoria. Un deber y un culto. "Ignacio Agramonte" revivía para poner en marcha la legión cubana. Y fué, por obra de las obras y los días de Marta Abreu, dos veces inmortal.

Fué a principios del año 1896 cuando Don Tomás Estrada Palma, aquel hambre de virtudes estoicas, recibió, por mediación del doctor Juan Guiteras, las primeras aportaciones que Marta Abreu "como todo buen cubano" se sentía en el deber de hacer por la causa de Cuba. El diálogo epistolar

que desde entonces mantuvieron por encima de los mares, sobre el dolor humano, Marta y Don Tomás, en prez y honra de la República de Cuba.

No seguiremos paso a paso, carta a carta, esta correspondencia emocionante, por lo demás, ha sido ya en otras ocasiones en parte o totalmente publicada. Pero fuerza es —y grata coyuntura— recoger algunos de sus hitos más salientes, de sus centelleos más luminosos para que el alma grande de Marta destelle el fulgor con que brillaba ante aquella otra, en grandeza gemela, del gran cubano que halló en Marta quizá al "hombre" que quiso hallar en Cuba.

Conviene acaso, antes de adentrarnos en esa luz, subrayar la gran enseñanza que esas dos figuras han dejado viva y perenne en ese epistolario. De igual a igual, las dos almas se emparejan. Pero sobre el prestigio humano de lo personal, lo que procura eficacia —con un "plus" de eternidad que —

—co de lo suasorio— a la correspondencia aludida es su valor como historia. Porque ambos, el gran hombre letrado y sabio, y la mujer natural y sencilla, parecen inmersos igualmente en la conciencia de que están haciendo historia. Cumplen la destinación humana, seguros de que la están cumpliendo. Casi diríamos que orgullosos —con el noble orgullo antídoto de la vanidad— de que la están cumpliendo. No hay en ellos ni un momento vestigio de énfasis ni muestra de petulancia. Ni siquiera desmedido prurito de alarde patriota. Simplemente la "conciencia" de que están creando a Cuba, de que cumplen su misión. Una conciencia —digámoslo una vez más— que es la irrefutable realidad de la Fe.

(De esa Fe que Medardo Vitier ha señalado como característica venturosa del siglo XIX cubano y que halla a faltar en los tiempos actuales. Esa fe en la capacidad de superación de los cubanos que fué, en los tiempos, en las cartas de Marta y de Don Tomás, lo floración y el frutecimiento de la semilla, del germen de que proveyeron a la cubanidad los grandes pensadores pretéritos).

Ambos espíritus se alzaron a igual altura rebajando su propia personalidad, prescindiendo de ella, desgajándose en espíritu de la corporal prestancia. Si un día se perdiese Cuba, en esas cartas volvería a hallarse, aunque se hubiesen perdido también muchas otras de los precursores, de los héroes épicos, de los hombres beneméritos que en la Colonia y en la Guerra pusieron en pie la conciencia cubana.

No sólo en el dar por la patria y por la patria recibir y emplear —tarea doble en única devoción ejercida a que se entregaron aquellas dos vidas modélicas— se advierte, transparentando en su correspondencia, en el diálogo de de quienes, por entonces, no se conocían personalmente. Hay, en la acentuación de los sentimientos y de los matices, hasta en la elección de los temas con que mutuamente se regalan y respetan, el timbre de los selecto. Cuando transida de admiración el alma, rebosante de gratitud el ánimo, Estrada Palma, desde Nueva York quiere rendir homenaje a la gran patriota a la que según ella es, desde París únicamente "un buen cubano", nada le parece mejor y más digno que ofrecerle la historia de Mary Dosving, la humilde obrera de la ciudad de Sawel, en el Estado de Massachusetts.

LA HISTORIA DE MARY DOSVING

Mary Dosving trabajaba en una fábrica de hilados. Un salario de unos seis dólares semanales. Esta obrera oscura, modesta, humilde en su nobleza y "cuyas generales se desconocen", como diríamos aquí, pero que "allí", en donde todo se halla, a la postre, la exactitud de su medida, deben estar fijados en caracteres de luz, escribió un día a Don Tomás Estrada Palma, preguntando a dónde y a quién podía enviar su contribución voluntaria a la causa de Cuba. Y así se estableció entre la tejedora y el Delegado, una relación que, por la humana y honda y exquisita comprensión con que él supo calibrarla y ponderarla es uno de los más seguros caminos por donde llegar al alma luminosa del gran maestro de almas.

Un día, Mary Dosving fué, en la monotonía del taller laborioso, una sonrisa de la mañana. Llevaba prendido en el pecho un joyal único. Una banderita cubana labrada en plata. Camaradas y compañeros, jefes de taller la elogiaron y ponderaron. Y sobre el jadeo del busto respirador y armonioso, la bandera parecía palpitar como un eco del corazón. Era un regalo de Don Tomás, en gratitud al envío de cinco pesos y cuarenta centavos que Mary Dosving había remitido a la Delegación. El primero de una porfiada serie que, por encima de las dificultades y los obstáculos y contra "las cariñosas reconvencciones de Estrada Palma, que revisitiéronse de "la autoridad de padre o hermano mayor" y sintiendo en su "calidad de hombre honrado" se "avergonzaba de que pudiera aparecer explotando el capricho o la

8

3

pasión de aquella sublime enamorada de la causa de Cuba", la amonestaba para que no se privase con tanta frecuencia, en medida superior a sus recursos, del dinero que para sus necesidades debía emplear, hacia la tejedora generosa periódicamente en ayuda a la causa de los cubanos, con fervidas alusiones en sus cartas a la heroicidad e infortunio de los Maceo, a la despótica "energía" de Weyler.

Don Tomás le narra en una carta admirable por la tersura de la nobleza humana (16 de octubre de 1896) esta historia emocionante y sencilla a Marta Abreu. Le cuenta las vicisitudes vitales de Mary con minucia afectuosa, con primor de cuidados cariñosos. Sus enfermedades, una caída que sufrió al bajar una escalera, sus paros forzozos como tejedora... Una minúscula estampa en que brilla la gracia de lo sagrado.

Y el espíritu admirable de aquel hombre que vivió en un ambiente de estampa pura la más agria epopeya de América moderna, lo hace en tributo, tanto a la grandeza sencilla de Mary Dosving, la dadivosa entusiasta, como el alma grande de Marta Abreu, la millonaria magnánima. Larga y sincera epístola, que debiera ser lectura obligada en las escuelas cubanas, se excusa ruborosa al tiempo que se postra reverente ante Marta:

"Perdonadme, señora, que os haya distraído hablándoos de la modesta obrera de Massachussets; pero no creo que haya quien sepa comprender tan bien como vos el tesoro de generosidad que encierra aquel gran corazón"...

La intención preclara, el delicado homenaje, no pueden expresarse más claramente. Tributo de Estrada Palma a la sensibilidad de Marta Abreu juzgándola capaz, desde la altura de sus abundancias, de admirar en su medida justa la grandeza de los humildes.

La gran emoción que el Delegado sentía por el devoto amor cubano de la obrera de Massachussets ¿con quién podía compartirla sin que perdiese las esencias de su pureza? ¿Quién podía alentar el sentimiento digno de ser llamado a admirar aquel heroísmo natural, sencillo, verdadero y callado? Allí en París, salvadas las distancias materiales, ¿la millonaria filántropa no era hermana espiritual de la tejedora desabastecida de fortuna? Tomás Estrada Palma presintió, sintió que Marta Abreu —sentiría también que es el modo de saber de las almas grandes— que aquella hermandad la ennoblecía. Estuvo seguro de que Marta Abreu comprendería la calidad excepcional del homenaje.

Y no erró. Desde Bayona, la ilustre benefactora, la incorruptible patriota, al contestar aquella carta del Delegado, escribía (19 de noviembre) estas palabras:

"El relato que usted me hace de la pobre obrera de Massachusset me ha conmovido extraordinariamente será para mí un placer inexplicable el conocerla para darle un abrazo estrechísimo y rendirle homenaje a su gran corazón".

1000079

No erró Estrada Palma; no se equivocó su sensibilidad. Marta Abreu, porque era patriota esencial como él, sin mácula en sus sentimientos, porque era mujer de nobleza inmaculada rindió homenaje a la pobre obrera tejedora desde la abundancia próspera de su patriotismo en devoción a la insuperable verdad de su patriotismo. Y en cuanto a entender la nobleza del tributo, a la vez sencillo y enorme, que le rendía el Delegado, la benefactora supo calibrarlo también en su esencial significación y agradecerlo en su valor positivo. En la carta referida añade a renglón seguido:

"Ese relato que usted se ha tomado la pena de hacerme tan minuciosamente, no obstante de sus innumerables atenciones, suponiendo lo que me había de interesar, se lo agradezco a usted enormemente".

La compenetración era —como puede entenderse— perfecta. Quienes jamás se habían visto los rostros, se veían las almas. El espejo —Cuba— las ha guardado para la eternidad.

CORRESPONDENCIA EMOCIONANTE

Por lo demás, la correspondencia entre Marta y Don Tomás es por sí sola testimonio fehaciente y verídico de la pródiga abundancia con que Marta Abreu de Estévez proveyó al auxilio y al incremento de la causa cubana y a abastecer la de recursos con qué llegar a la gran meta a cuya luz se confortaba el alma de la benefactora.

Son abundantísimas las citas que pueden hacerse siguiendo ese epiciclo, en demostración de la generosa tenacidad con que Marta Abreu ocurre siempre a los llamamientos urgentes y urgentes del celosísimo Delegado. "Recibí su cablegrama —dice él en 16 de octubre del 96— avisándome que podía contar con \$10.000". Y el 19 de diciembre cablea ella: "Cuenta con diez mil pesos". Y el 26 le detalla en carta a Don Tomás: "...la presente carta es complemento de mi anterior, para incluirle no tan sólo una carta orden a nombre de usted que le había anunciado..." En septiembre de 1897, con su pseudónimo glorioso, al que gloriosamente gloria adicionaba, le envía el siguiente cable: "Ante contrariedad fracaso expedición Pinar del Río, cuente diez mil pesos para otra". En Abril del 98 pide Estrada Palma un supremo esfuerzo "por falta fondos estos críticos momentos" y necesitado de reunir dinero, confía en que la emigración

8

cubana en París reuna doce mil pesos. Marta Abreu, diligente, remite seis mil... Y etcétera. Nunca una "etcétera" ha tenido más palpitación de inmensidad, más fuerza sintética y desmesurada a la vez de realidad ilimitada, sin medida ni contorno.

Pero, aparte el valor positivo y constante, al margen o en el cogollo de esta contundencia material crematística, lo que admira sobremanera en el generoso tesón patriota de la gran benefactora es la sencillez con que lo practica y que resalta además su fortaleza en dos cualidades que la definen: su manera de erguirse ante la desgracia y la fatalidad; su modo de entender la "cubanería" como un servicio vivo, como un culto constante; es decir: martianamente.

Si una expedición fracasa, diez mil pesos más para organizar otra; si, llegando hasta el corazón de Cuba la muerte de Antonio Maceo conmueve la seguridad de la victoria, "adelante" y diez mil pesos más. Se diría que se siente combatiente y militante contra el enemigo y usa el arma de que dispone, con renovado brio, y cada vez con más valeroso encono. Por eso, sinceramente se maravilla don Tomás, en admiración venerativa por aquella longánime liberalidad, la colma, en nombre de la patria, de elogios y ponderaciones.

Léase la expresión de su sinceridad: "...y nuevamente me hallado de confusión el que en forma tan exageradamente laudatoria haga usted el juicio de mis actos como cubana, cuando yo considero que no hago más que cumplir con un sencillo deber como hija de aquel suelo donde están los que verdaderamente merecen una epopeya por estar derramando su generosa sangre a fin de darnos a todos una patria libre. ¿Cómo no hacer un esfuerzo extraordinario los que podemos hacerlo, para que el éxito más glorioso corone los titánicos empeños de nuestros compatriotas que luchan?" (Bayona, 15 de febrero de 1897.)

Adviértase bien la justeza serena y consciente. Rechaza toda hipóbole de gratitud, porque siente que el hecho de haber nacido en Cuba obliga a un "sencillo deber". Pero califica de "extraordinario" el esfuerzo. La sencillez de lo extraordinario; he ahí la lección de Marta Abreu.

PATRIOTISMO PURO

En los fragmentos transcritos, en los actos evocados, en los gestos de que se ha hecho mención, el patriotismo de Marta Abreu ha puesto en claro, con la generosidad de sus sentimientos, su indudable virtud sentimental y afectiva. Pero, como el de Estévez y Romero, el patriotismo de Marta Abreu no era únicamente expresión férvida de

5

un sentimiento profundo e insobornable. Tenía, por decirlo así, una conciencia. Tanto como del corazón, brotaba de la mente. Y su línea, como la que trazaron Martí, Maceo, Estrada y tantos otros, era recta e inflexible: independencia o muerte. Su pensamiento no se meció en hamacas acomodaticias. Si tuvo fe en la victoria, no la habría admitido más que en plenitud de soberanía. No cruzó nunca sus imaginaciones la posibilidad de componendas autonomistas, de anexiones o de parcial solución de cuyos tratos no surgiera Cuba libre e independiente.

1000080

Ni creyó en el señuelo de las reformas ni se dejó tentar por ciertas esperanzas de intervenciones especiales. Para ella, como le escribía a Estrada Palma —15 de febrero de 1897— lo único importante en la urgencia del deber patriótico era "que no les falten armas y municiones a nuestros guerreros, que lo demás vendrá por sus pascos contados". Atenta al curso de los acontecimientos, formaba juicio de todas las cosas y estaba muy al tanto de todos los acontecimientos. Por eso en la propia carta pudo añadir: "Ayer leí las cartas que el corresponsal del 'Heraldo' obtuvo en su entrevista con el General en Jefe y he gozado de orgullo y de satisfacción al ver la respuesta que da Cuba a las amañadas y raquíticas reformas que España le ofrece. Yo lo que temo es que el Gobierno Americano se declare por las reformas y adopte una actitud perjudicial de "verdad" a que se surta de armas y municiones. Esto sería tremendo y por lo mismo no cesa de atormentarme esa idea. Sin embargo, yo no pierdo la fe por la misma santidad de nuestra causa".

Si no bastara, recordemos que en París, a 8 de abril de 1898 escribe al Delegado: "Parece que el lunes será decidida la cuestión de paz o de guerra y saldremos, al fin, de la ansiedad febril que a todos nos devora. De cualquier modo que sea, hay que confiar en que Cuba será libre". Y el día 6 de mayo exulta su júbilo cubano en un arranque gozoso: En días de júbilo como los que estamos atravesando me es muy grato tener que dirigirme a usted para expresarle que estos corazones desbordanse de gozo y satisfacción ante el suceso más o menos inmediato; pero siempre cierto, de ver a Cuba libre e independiente".

La rotunda formulación de las aspiraciones no se quiebra nunca; ni en los momentos de zozobra ni en la claridad de las horas de esperanza.

PATRIA Y DOLOR

Esta gran preocupación, esta máxima angustia iluminada por una fe que jamás decayó, embargaba el alma valerosa y noble, tersa y pura de Marta, pero no le coartaba aquella dinámica graciosa y gentil de su vida, atenta a tantos menudos quehaceres, a tantos tiernos primores de bondad y gentileza, de buena ama de casa y de mujer que no desdén el cuidado de la moda y la moda de los cuidados. Pero si más adelante hemos de verla en esta ley de labores destacar su prestancia amable, debe decirse aquí que todo ello no la apartaba ni un minuto de sus cogitaciones patrióticas. En sus cartas a la señora de Molina, "su muy querida e inolvidable", su "siempre queridísima", en las que con un primor de labor casera, huele a ropa limpia y a espliego y tomillo y manzana galana, habla de todo y de todos de gentil manera que asume a veces categoría estilística, la gran preocupación, la honda preocupación tremenda, late y palpita y a las veces se vierte en palabras transidas de melancolía.

Le dice, por ejemplo, a su muy amiga fidelísima —Cambó, 15 de octubre de 1859—. "De Santa Clara saldrían muchas familias si tuvieran recursos; todos se quejan que están sufriendo mucho allí y que no saben qué va a ser de aquello. Figúrese lo que yo sufriré cada vez que recibimos una carta escrita, se puede decir con lágrimas de desesperación. ¡Pobre país, tan hermoso y tan desgraciado! Aquí se ocupa mucho la prensa de los acontecimientos de allá, así es que estamos casi más enterados que ustedes allí de lo que pasa, pues estamos suscritos a los mejores periódicos de España, al "Times", de Londres, y al "Herald", de New York. Así es que estamos al corriente de todo y sufriendo mucho al ver toda la sangre que allí se derrama. Nos pasamos largas horas leyendo y traduciendo periódicos. Tenemos por aquí varios cubanos que nos acompañan a leerlos y comentarlos después".

HOGAR CUBANO

Desde el primer momento, el hogar del matrimonio Estévez Abreu fué cobijo y mansión de los cubanos. Allí, la patria tenía su altar y su taller. Se agrupó en torno a la gran llama el ansia de los corazones ateridos. Empezó la gran obra en una comunión de patriotismo. En París, Marta era la seguridad de Cuba para los que vivían inseguros fuera de Cuba.

Se fué haciendo compacta y fiel y fortalecida en redor de su luz la pujanza de los exilados. Y cuando la gran Marta sonreía, veían en la luz la luz de Cuba.

En algunas ocasiones, la gran benefactora que tenía tan cabal información de lo que ocurría "allí", inclinaba sobre la amistad de Teresita Molina la gran bondad de su consuelo. Y sabiendo que sus palabras iban a ser reiteradas en lectura y versión, se creía obligada a emplear, aunque envolviéndolas, cauta, en el eufemismo precavido, razones de consuelo. Léase lo que escribió en carta desde París el 19 de mayo de 1896: "Pues bien; puedo añadirles que nuestra situación hoy es aún mucho mejor que cuando nos dejó (un amigo a quien se refiere en párrafo anterior) y que de seguir así, podremos abrir de nuevo nuestra casa de comercio muy pronto y volver a tener muchos negocios". Con estas perifrasis sutiles aportaba el bálsamo para las heridas. En las maneras de su caridad espiritual prevalecían también las delicadas gracias con que se ufanaba pródiga su largueza munífica.

El 24 del mismo mes, en nueva carta a Teresa, asoma también a flor de suspiro la congoja íntima y gigante. "¡Qué casualidad! Tres o cuatro días después de haber recibido la carta de usted en que me hablaba de la triste posición de la sobrina de Mad. Bernat, vimos en los periódicos la prisión del marido de ella ¡pobre mujer, pobres hijos y pobre abuelo, que ya vió fusilar uno, y sabe Dios la suerte que le espera al preso hoy y al que está con las armas en la mano, mañana! ¡Pero hay tantos como él que tienen el corazón destrozado, que hay que decir en vez de ¡pobre! feliz el que no tiene hoy su corazón oprimido o destrozado!"

En el patriotismo de Marta Abreu la clara noción de lo justo gravitaba ilesa. Desde Madrid, en el año 1907, cuando ya el pleito cubano había luminosamente epilógado sus angustias pretéritas y Marta Abreu, cercana sin saberlo a la claridad nueva y más alta sentía aún los sinsabores y las zozobras de "buen cubano" le escribía a su amiga entrañable: "...estamos deseando salir de aquí a causa de los muchos calores y las enfermedades) a pesar de que nos ha gustado Madrid; lo encontramos mucho mejor de lo que nos habíamos figurado, y muy alegre y la gente amabilísima, no parecen ni prójimos de los que van a Cuba, por lo menos, de los que han ido hasta ahora".

Con su sagrado prestigio ultratúmbico, estas palabras de Marta son como el halo impalpable y cándido, hecho de luz de nube y ecración de cielo que recorta en la estampa de la devoción la silueta venerada de la benefactora. Era toda claridad la verdad de su alma vllaclareña.

1000081

PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

LA CUENTA IMPOSIBLE

Si con ayuda de los datos llegados hasta nosotros ciframos la cuantía efectiva de los donativos con que Marta Abreu contribuyó al triunfo de la cusa cubana, podremos calibrar la trascendencia positiva de su generosa intervención. El doctor Garófalo Mesa inserta en su libro sobre Marta y Don Luis los asientos de cantidades donadas para la Revolución por la preclara patricia. La copia de los libros números 62 y 63 de la Tesorería de la Delegación del Partido Revolucionario Cubano en Nueva York, que se hallan en el Archivo Nacional. Pero el doctor José M. Pérez Cabrera, en su discurso pronunciado en la Academia de la Historia de Cuba ("Una cubana ejemplar: Marta Abreu de Estévez") el 13 de noviembre de 1945 en ocasión del primer centenario del natalicio de la ilustre villaclareña, rectifica algunos errores y una omisión en que incurriera el doctor Garófalo. En vista de todo esto y teniendo en cuenta las meticulosas rectificaciones del Dr. Pérez Cabrera, historiador estricto y erudito (que alude a los libros números 62, 64 y 65 de la Tesorería del PRC, establecemos el siguiente cuadro de aportaciones de Marta Abreu a la Revolución Cubana:

AÑO 1896

Día 14 de Enero ...	\$ 2.000
Día 26 de Febrero..	4.000
Día 1 de Abril	4.000
Día 2 de Mayo	15.000
Día 28 de Julio	20.000
Día 5 de Septiembre	5.000
Día 16 de Octubre..	10.000

Total \$60.000

AÑO 1897

Día 9 de Enero ...	\$30.000
Día 9 de Enero ..	10.000
Día 26 de Octubre..	10.000

Total \$50.000

AÑO 1898

Día 1 de Febrero..	\$ 1.000
Día 12 de Febrero..	4.000
Día 17 de Mayo	6.000

Total \$11.000

Año 1896	\$ 60.000
Año 1897	50.000
Año 1898	11.000

Total general.. \$121.000

A todo esto hay que añadir muchas otras cosas. Por ejemplo: los doscientos pesos mensuales que

Marta Abreu destinaba en París a asegurar el decoro bastante con que cumplía sus deberes de Delegado de la Junta de Nueva York, doctor Ramón E. Betances, a quien con justicia llamó el doctor José Agustín Martínez "pionero" del Servicio Exterior de Cuba en Europa; por ejemplo: las reiteradas aportaciones con que se alivió la suerte amarga de los deportados cubanos en Ceuta; por ejemplo: el "piquito" que le costó durante la guerra a su amadísima Santa Clara, mas los otros "piquitos" no villaclareños... Es imposible fijar, ni aproximadamente, el enorme caudal que la gran patriota empleó a la causa de Cuba y bien puede afirmarse, sin riesgo de exageración, que su patrimonio fué, utilizado tan generosamente, gran parte en la construcción de su patria.

LA PATRIA EN EL PATRIMONIO

No jugamos, por modo de alarde literario y donoso con los vocablos. Si, al hablar de Marta Abreu, empleamos a menudo en concordancia que nace por debajo de las palabras, allá donde corre la sangre de las ideas, las voces "patria, patriotismo y patrimonio", lo hacemos convictos de que en esa trinidad ha cuajado la Historia, en bloque marmóreo y perdurable, la verdadera significación, el espíritu preclaro de la gran benefactora. Dictábale la conciencia un deber. Vivía toda ella inmersa en amor de patria y no podía —como aquellos a quienes reiteradamente alude Estrada Palma en sus cartas— dejar de sentirse al "nivel" más alto; tan alto como la cuantía de su patrimonio. No funambulizamos con figuras literarias. Y lo prueba, a la distancia de tantos años, una carta del propio Don Tomás integérrimo a la que conviene, por tal motivo, aludir con más detalles.

En Octubre de 1896 —día 8— Marta Abreu, alarmada por ciertas noticias que había leído en "El Imparcial", de Madrid, relativas a que los españoles se habían apoderado de una carta escrita por Don Tomás y que se decía reveladora de ciertas noticias y nombres que callaba la prensa y temiendo, por tanto, pudiese resultarle a ella algún perjuicio por razón de los bienes que poseía en Cuba, le pedía a Estrada Palma noticias veraces. A esto contestó Don Tomás el día 22 del mismo mes, y después de asegurar a Marta que la aludida carta "no contiene nombres propios ni se refería en particular a finca alguna" dice textualmente:

8

"Usted, por lo tanto, puede estar tranquila, segura de que no se ha cometido, por mi parte, indiscreción alguna que comprometa sus intereses en la Isla, que bien pudiéramos llamar intereses de la patria cubana, por lo mucho que ellos contribuyen a dar patria libre a los hijos de aquella tierra infeliz".

Marta Abreu supo vivir el "nivel" de las circunstancias, poniendo al nivel de su patrimonio su patria y su patriotismo, fundiéndolo todo en la magnanimidad de un alma excepcional.

No sólo hay que admirar en ella la generosidad material con que estuvo siempre diligente y presta a concurrir, salvadora y útil, a las necesidades de la guerra. Ha de abrirse también un capítulo de gracias por aquellas otras numerosas obras de ayuda moral, de patrocinio amistoso, de padrinazgo influyente con que distinguió y favoreció a numerosos cubanos que creía útiles a la causa patria. Tomás Velasco y Gómez, C. Lorenzo Portillo, Gloria Sánchez de Cabrera, entre otros, son de ello muy buenos testimonios en la correspondencia cruzada entre Marta y Don Tomás. Y hay que aludir, no pudiendo recoger su pluralidad innúmera, a los tantos y tantos beneficios que en favor de la patria y de los interesados, otorgó la bondad de aquella gran señora. No se la podría acusar ni remotamente de haber dado parte de su dinero por puro egoísmo, como compra

de tranquila seguridad, de reposo no amenazado ni hostigado. La sinceridad de sus sentimientos los hace doblemente grandes.

UNA GRAN JOYA

La veneración, la gratitud, el ardiente entusiasmo que despertaron Estrada Palma y en todos los buenos cubanos la filantropía y el patriotismo de la matrona ilustre se manifestaron en más de una ocasión en públicos homenajes o en expresiones más íntimas, pero no menos valiosas. Destaca entre ellas, por muy significativa, una muy sencilla. En el mes de Julio de 1896 el Delegado de Nueva York remitió a María Abreu, por mediación de Nicolás de Cárdenas, una pequeña reproducción de la bandera cubana, en metal, a modo de joyel miniada, como prueba de la alta estimación en que se tenían sus servicios. Marta Abreu agradeció el regalo "como el mejor que podía haber recibido".

8

No debía ser de materia preciosa la joya, que no andaba ciertamente en boyantes abundancias crematísticas metida la Delegación ni era Don Tomás hombre propiamente a la largueza con pedregal ajeno. Una simple banderita de metal esmaltado. "El mejor regalo" para Marta Abreu, sin embargo, porque era la bandera cubana. Un prendedor modesto —seguramente igual al que Estrada Palma envió a otras mujeres—, pero significativamente igual al que envió a la obrerita de Massachussets. La millonaria y la tejedora se sintieron igualmente felices sintiendo prendida en el pecho la bandera de Cuba. "Con todos y para el bien de todos", había dicho Martí.

ALLI Y AQUI

Casi sin excepción cuando en sus cartas íntimas Marta Abreu alude a Cuba dice "allí". Los fragmentos que hemos transcrito y otros muchos que podríamos transcribir, reiteran el modo adverbial de esa alusión. Desde el extranjero, para Marta Abreu Cuba es "allí". Como el cielo para los creyentes; como para los poetas los mundos ideales. Allí, en una lejanía que tenemos delante de los ojos; cercana y presente en nuestra emoción. No escribe Marta con referencia a "esa tierra" o señalando "ahí" o usando otras correctas formas gramaticales. No; para ella no hay más que "aquí" y "allí". Le atormenta un tanto estar "aquí" como no hacer del allí su aquí perpetuo. Y le aflora en el verbo sencillo la honda nostalgia del alma. Allí, es decir: lejanía, bruma, dramática distancia, remota niebla... Allí: ideal que de tan preciso se nombra vagamente, aspiración rotundidad, avidez sin límites; allí, con emoción de lejanía que, sin embargo, está ya vencida por la gigante fe.

En París, en New York, en Cambó, en todas partes, en medio de la vida galana y fastuosa, en el silencio de las horas quietas, en la soledad de las cogitaciones íntimas, el alma de Marta estaba "allí". Y "allí" donde ella tuvo siempre puestos el espíritu, la caridad, el fervor y el ansia; "allí" donde ella, estuviese aquí o allá, tuvo la sonrisa y la lágrima, el amor y la fe; "allí" debemos todos seguir en la devoción de verla. Porque ese "allí", meta de su magnanimidad, es el "aquí" radiante de Cuba.

Yuf, feb 22/98

1000083

PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA